

January 2003

La Universidad de La Salle frente al nuevo milenio

Hno. Arcadio Bolívar R.

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Bolívar R., H. (2003). La Universidad de La Salle frente al nuevo milenio. Revista de la Universidad de La Salle, (36), 17-39.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La Universidad de La Salle frente al nuevo milenio

Hno. Arcadio Bolívar R.
Presidente del Consejo Directivo
Visitador Provincial Distrito Lasallista de Bogotá

Lo primero que importa es que las escuelas de los Hermanos, – sean cuales fueren su naturaleza y su grado, se caractericen por la calidad de los estudios y la seriedad de la formación, como exigidas por la honradez profesional y la dedicación a los jóvenes y a la sociedad”.

(HH.CC. Declaración del Hermano en el Mundo de Hoy)

ESTE TEXTO PLANTEA ALGUNAS INQUIETUDES EN TORNO AL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD frente al nuevo milenio, tema propuesto con la esperanza de continuar la reflexión que se ha venido desarrollando en los últimos años sobre los derroteros de la Universidad de La Salle. Para ello reflexiona sobre aspectos como la relación de la Universidad con el conocimiento y el desarrollo integral, las mutaciones en el orden del conocimiento, los nuevos escenarios en el orden social, el significado de la formación integral y los problemas que debe asumir la Universidad con una visión prospectiva. El artículo hace parte de la tarea permanente de la Universidad de fomentar la discusión de modo abierto y crítico sobre los temas que le son de interés, como parte de la responsabilidad que la Comunidad de La Salle tiene frente al país.

Introducción

Desde hace más de ocho siglos se ha considerado a las universidades como una adquisición de la sociedad. En todos los países se les reconoce su papel como espacio de formación de profesionales, como ámbito para el desarrollo del conocimiento en todos los campos y como organizaciones que conservan e impulsan los valores más sustantivos para la supervivencia de la especie humana. Cada una de estas esferas constituyen realidades variables, razón por la cual no podemos imaginar la institución universitaria sino como un ente en continuo movimiento, tratando siempre de mantenerse fiel a sí misma y de responder adecuadamente a los cambios de su entorno.

En el presente, la situación es particularmente singular, no sólo por los cambios que ocurren en los escenarios de la sociedad del conocimiento y de la cultura en general, sino por la velocidad del cambio que condena a la universidad a situarse frente a la disyuntiva de cambiar en forma adecuada, o perder legitimidad y vigencia frente a la sociedad y ante las nuevas expresiones culturales.

No es fácil para todas las instituciones encontrar el camino y salir airoso frente a las nuevas demandas sociales. Es un reto repensar cada día el camino y hallar las estrategias para avanzar en la dirección correcta. Sin embargo, debemos aceptar el desafío y aplicar los mejores esfuerzos para dar una respuesta inteligente y oportuna.

En este texto queremos plantear algunas inquietudes en torno al tema propuesto con la esperanza de continuar la reflexión que hemos venido desarrollando en los últimos años sobre los derroteros de la Universidad de La Salle. A su vez, tenemos el convencimiento de que la discusión de modo abierto y crítico forma parte de la tarea universitaria y de la responsabilidad que como Comunidad de La Salle tenemos frente al país.

1. Universidad, conocimiento y desarrollo integral

Las instituciones de educación superior se encuentran en la necesidad de hacer un cambio de direccionalidad ante las nuevas situaciones que se viven en el contexto. Una mirada de conjunto a la manera como ellas han venido desarrollando sus tareas nos indica que a pesar de los esfuerzos realizados por los gobiernos y por las mismas instituciones, se mantienen los problemas estructurales de la década anterior, a saber: deficiencia en la calidad de los programas académicos, ineficiencia en la prestación del servicio, baja pertinencia e inequidad del sistema como un todo, amén del ya crónico problema del financiamiento de las instituciones oficiales.

No son problemas que se deban a la voluntad singular de nadie ni de un gobierno particular. Se trata más bien de dinámicas que se han venido configurando a lo largo del tiempo y que tienen que ver con la transformación económica y social del país, con el surgimiento de las clases medias, con el ingreso de la mujer a la universidad, con las nuevas demandas de los mercados laborales y con situaciones externas nuevas creadas por el contexto internacional y que los expertos precisan al referirse a la globalización y sus implicaciones en países pobres, a las nuevas exigencias en materia de información y de comunicaciones provenientes de una sociedad movilizada por las nuevas tecnologías y, por sobre todo, al inmenso valor económico del conocimiento.

La sociedad vuelve la mirada a la universidad para exigirle que satisfaga las necesidades de profesionalización en el contexto de las nuevas urgencias, que prepare una élite en materia de ciencia y tecnología y que contribuya a aumentar el nivel cultural de la población sin abandonar el estadio de desarrollo de las disciplinas, asumiendo la crisis de las profesiones y sin perder de vista los nuevos valores que constituyen el alma de la cultura. Y todo ello, en un contexto de pobreza que difícilmente permite a las instituciones cumplir con sus tareas tradicionales.

La sociedad vuelve la mirada a la universidad para exigirle que satisfaga las necesidades de profesionalización en el contexto de las nuevas urgencias, que prepare una élite en materia de ciencia y tecnología y que contribuya a aumentar el nivel cultural de la población sin abandonar el estadio de desarrollo de las disciplinas, asumiendo la crisis de las profesiones y sin perder de vista los nuevos valores que constituyen el alma de la cultura.

Algunas instituciones han alcanzado logros relevantes en campos particulares: en la investigación, o en la docencia calificada; o en su proyección internacional. Otras buscan nuevos caminos con dificultad, y existen algunas que difícilmente encuentran vías innovativas que les permitan diferenciarse con claridad en su misión y propósitos institucionales y darle un valor agregado a cada una de sus tareas respecto de las demás instituciones que ofrecen el mismo servicio.

Quizá, la raíz de las dificultades radica en que los conceptos claves que han definido el ser de la universidad han cambiado su sentido y al hacerlo han definido un nuevo espacio en el que la universidad no acierta a ubicarse con precisión y claridad. Se trata de la mutación del conocimiento y de la manera de producirlo; de las nuevas formas que adopta el entramado social, y de las urgencias del desarrollo de los pueblos en la actualidad, especialmente los países pobres.

Muchos de estos cambios inciden en lo fundamental de la tarea universitaria, consistente en la formación integral de los estudiantes. Formación que al lograrse incide en las competencias que desarrolla el individuo para insertarse creativamente en el mundo laboral y encontrar para su vida personal una dimensión de sentido plenamente humana.

No es pues arbitraria la relación entre la universidad, el conocimiento y el desarrollo integral. Nos proponemos en lo que sigue mostrar la problemática específica de cada uno de ellos y sus relaciones mutuas cuando se trata de pensar desde la perspectiva de la universidad su significado y alcance en el terreno de la educación superior.

2. Las mutaciones en el orden del conocimiento

Es ya un lugar común el reconocimiento del valor del conocimiento y su importancia en la generación de la riqueza de las naciones; mucho más que el capital y el trabajo, factores tradicionalmente conocidos. Ha cambiado, la forma de producirlo, su valor e impacto en la sociedad. Tales cambios han generado modificaciones en las instituciones que se ocupan de producirlo, de reproducirlo o de recrearlo, como la universidad. A la vez, se han generado modificaciones muy sustantivas en las profesiones y, por lo tanto, en las carreras; en cuanto estas últimas no son más que estrategias de formación seleccionadas con mayor o menor arbitrariedad. Veámoslo un poco más despacio.

Cuando nace la universidad, en la época medieval, la humanidad tenía del conocimiento, como de la realidad, una visión homogénea y jerarquizada del saber. Homogeneidad que durará muy poco en la época moderna, a partir del siglo XVII en adelante con el surgimiento de los Estados-naciones y de la ciencia moderna. Desde entonces las instituciones educativas del tercer nivel se configuraron con base en una organización académica de compartimentos estancos, cada uno de ellos con sus propios métodos, técnicas, conceptos y enfoques propios. Con este esquema el trabajo de las universidades se organizó con base en disciplinas separadas y estrategias de profesionalización diferentes en cada una de ellas. De la mecánica clásica a la Física moderna; de ella a la Economía, la Lingüística, la Psicología y todo el ámbito de las Ciencias Humanas hasta, inclusive, la Filosofía, la Teología, el Arte y las Humanidades. Pero entrado el siglo XX y más definitivamente hacia las postrimerías del mismo, los saberes se interceptan en sus métodos, enfoques y técnicas; la interdisciplinarietà se vuelve una realidad cotidiana en campos que por su complejidad no corresponden a ningún campo particular; como por el ejemplo: biodiversidad, desarrollo humano, o el medio ambiente. Tal situación pone en tela de juicio las taxonomías más conocidas de las ciencias y el uso que se ha hecho de éstas para la organización del trabajo académico. (Burton, 1983; Gibbons, 1997)

Pero no sólo ha cambiado el concepto de lo científico de finales del siglo XIX, sino la forma de producirlo, lo que enfrenta paradigmas distintos ante los cuales las universidades se sienten obligadas a tomar partido. El mismo concepto de "ciencia" se modifica constantemente, para pasar de una acepción unívoca, a otra en la que se estima que es tan sólo un juego de conjeturas y refutaciones, movilizado, claro está, por el mejor argumento. Cuán lejanos estamos del concepto medieval de esta expresión y cuánto impacto ha producido inclusive en el estudio y definición de políticas públicas. La Obra de Karl Popper tan conocida y leída en nuestro medio es tan sólo un ejemplo. (Orozco, 2003)

Para ilustrar este conflicto de paradigmas y su impacto en el trabajo universitario, recordemos algunas dimensiones. A modo de ejemplo podemos señalar lo siguiente: una cosa es que estimemos que la tarea de la universidad en materia del manejo y uso que hace del conocimiento es brindar conocimientos acabados a los estudiantes, que los profesores son personas que enseñan a otros porque disponen del conocimiento, lo que les permite ser el centro del aprendizaje, que los estudiantes deben ir a la universidad como lugar destinado para aprender; que la fuente del saber está en un lugar, denominado biblioteca y que en la evaluación del aprendizaje

se debe buscar que el estudiante reproduzca lo aprendido para determinar el grado de asimilación; todo lo cual constituye un paradigma o marco de creencias, valores, métodos y técnicas definidas a priori; es decir, un paradigma. O, que por el contrario, se considere que el conocimiento es una construcción; en la que el profesor crea condiciones de aprendizaje y ofrece instrumentos y métodos; que los estudiantes intercambian saber y no hay, necesariamente que ir a un lugar determinado para apropiárselo, porque los estudiantes completan e intercambian el conocimiento por medio de redes; que la biblioteca no es un lugar físico sino, posiblemente, virtual y que cuando se evalúa, se evalúa también el profesor. Pero sobre todo, que el aprendizaje no se produce por comunicación unidimensional, tipo TV, sino en interacción y mediado, entre otras cosas, por nuevas tecnologías de información.

El trabajo académico, como la actividad de investigación, se realizan de modo diferente; no existe el académico aislado; el genio solitario es asunto del pasado. Se produce el conocimiento en equipo; con gran apertura hacia los pares académicos; con presencia y control de la comunidad; con participación de los grupos financiadores y con conciencia de los contextos de aplicación; lo que hace que no siempre la investigación se realice según los intereses exclusivos de los académicos.

Quizá, en el segundo caso no se trata tanto de un nuevo paradigma, sino de que disponemos hoy de la informática y de la telemática para avanzar de modo más creativo hacia nuevas formas de aprendizaje y de utilización del conocimiento, no para repetir sino para crear nuevo conocimiento y generar competencias de manera más efectiva, lo que obliga a organizarnos de modo diferente para optimizar los recursos de que disponemos.¹

Las modificaciones van más allá. En efecto, el trabajo académico, como la actividad de investigación, se realizan de modo diferente; no existe el académico aislado; el genio solitario es asunto del pasado. Se produce el conocimiento en equipo; con gran apertura hacia los pares académicos; con presencia y control de la comunidad; con participación de los grupos financiadores y con conciencia de los contextos

1 A este respecto sigue siendo importante el seguimiento de la discusión de Thomas Khun y Lakatos en torno al significado del concepto de «paradigma». Véase: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998 (Primera Edición en 1934)

de aplicación; lo que hace que no siempre la investigación se realice según los intereses exclusivos de los académicos.

Todas estas situaciones y muchas más que podríamos mencionar hacen que las universidades pongan en tela de juicio el uso que hacen del conocimiento y del talento humano de que disponen. A su vez, sienten la necesidad de ser competitivas en el mercado del conocimiento y reconocer que han perdido el monopolio de la producción de nuevo conocimiento en la sociedad de hoy. Todo lo anterior las lleva a organizarse de modo no tradicional y a desarrollar capacidad en materia de gestión, de ciencia y tecnología.

De modo particular, las exigencias de cambio van orientadas a adelantar una tarea agresiva en materia de "revolución metodológica" en los *currícula*. Al fin y al cabo estos últimos son sólo una estrategia de formación, que exige claridad respecto del perfil de los profesionales que deseamos formar. Cada vez es más importante formar el estudiante con competencias básicas que hagan posible que el egresado pueda adaptarse fácilmente al ejercicio de oficios y profesiones no directamente vinculadas al título obtenido. Y ¿cuáles competencias son éstas? La formación del pensamiento lógico, la capacidad de ser asertivo en las relaciones sociales, capacidad de elaborar juicios éticos sobre la sociedad en que vive, el manejo personal de su dimensión religiosa y su capacidad para apreciar la obra de arte.²

La tarea que debemos desarrollar como Universidad de La Salle se prolonga en tres dimensiones fundamentales en medio de una sociedad cuya economía se basa en el valor del conocimiento. De una parte, la internacionalización de la Institución, más allá del simple establecimiento de convenios interinstitucionales, que muchas veces no trascienden la firma de los mismos; de otra, el rendimiento de cuentas o sometimiento a procesos rigurosos de autoevaluación y acreditación nacional y extranjera (es fundamental que los servicios que prestamos sean reconocidos por los pares académicos y por diversas agencias como algo que posee excelencia académica, de lo contrario se corre el riesgo de ser auto-referenciales); y, finalmente, el favorecer la movilidad académica de profesores y estudiantes. Esta movilidad, como lo señalaremos más adelante, viene exigida por el impacto que tendrá al ALCA

2 A este respecto se ha desarrollado una amplia literatura. Véase, por ejemplo, Edgar Morin, *Los Siete saberes de la educación*, UNESCO, 2000; Jacques Delors, *La educación encierra un tesoro* Madrid, UNESCO, 1996; Miguel Ángel Escotet, *Aprender para el futuro*, Madrid, Alianza Universidades, 2000; UNESCO, *La educación superior en el umbral del siglo XXI*, 1997.

para el mercado educativo a partir del 2005 y por el hecho del intercambio de servicios profesionales insertos en los procesos de integración regional.

Estas tres dimensiones, a su vez, conducen a plantear una pregunta de la mayor importancia, a saber: ¿cuáles son las carreras que debemos ofrecer, teniendo en cuenta la demanda y la homogeneidad de la oferta en el mercado educativo? Para poder responder a la pregunta no debemos olvidar algunos elementos.

- a) El DANE ha estimado que el grupo etario entre 18 y 22 años llega a 4.024.506. De éste 924.181 se encuentra matriculado en el nivel del pregrado, lo que significa que tenemos una cobertura de 23%, habiendo mejorado sensiblemente con respecto a años anteriores. Ahora bien, si se observa la distribución de la matrícula según áreas de conocimiento, se mantiene una cierta constante, según la cual las áreas que permanecen siendo las de mayor predilección son: economía y administración, seguidas de las ingenierías y arquitectura, las ciencias de la educación y las ciencias sociales. Para el año 2002 las preferencias se mantienen variando la participación entre las carreras mencionadas. Esta situación se ha mantenido desde la década del noventa. Lo anterior significa que entre los estudiantes colombianos la elección de carrera se inscribe dentro de las carreras tradicionales y que la oferta, a su vez, es bastante homogénea. Una y otra corresponden a las carreras tradicionales de la universidad tradicional. Sin embargo, el país requiere a futuro de profesionales en campos nuevos: biodiversidad, manejo de bosques húmedos, industria pesquera, neurociencias y medio ambiente, entre otras. Pero la oferta es casi inexistente en estos campos. Así las cosas, estamos ante un mercado educativo de tercer nivel que no consulta las urgencias del desarrollo nacional. En adelante la innovación en el ofrecimiento de nuevas carreras deberá ser una prioridad en consonancia con los requerimientos del desarrollo.
- b) Debemos volver los ojos sobre los profesores universitarios, en la medida en que la calidad depende mayoritariamente de sus niveles de capacitación y grado de formación alcanzados. Para el año 2002 había en el país y en el tercer nivel 83.342 profesores. De éstos, 1.132 eran técnicos profesionales, 1.202 tecnólogos, 4.517 con licenciatura, 32.212 profesionales, 27.420 con especialización, 14.414 con maestría y 2.445 con doctorado. Estos últimos concentrados en las universidades más consolidadas, para atender a una población cercana al millón de estudiantes. Si tenemos en cuenta que lo deseable es que todo profesor universitario posea nivel de postgrado, estaríamos

hablando de 44.279 profesores que cumplen este requisito, siendo extremadamente bajo el número de docentes con doctorado. Así las cosas, es fundamental trabajar en una agresiva política de desarrollo profesoral y en una decidida política de contar en nuestra Universidad con los docentes más calificados que sea posible. Esta será la base para el desarrollo de pregrados con calidad y de postgrados consistentes.

Se trata de una política que debe ir aunada a la definición crítica de los programas que deben mantenerse, de los que podrían cerrarse y de los nuevos que deben incorporarse a la oferta educativa de la Universidad, pensando en términos de país. De esta posición depende la posibilidad de incorporar mayor pertinencia al quehacer de la Universidad de La Salle.

Estas decisiones fortalecidas con criterios nuevos en materia de flexibilidad curricular y replanteamiento de créditos incidiría en el mejoramiento de calidad de nuestros programas académicos. *Curricula* renovados, flexibles e interdisciplinarios, tanto como profesores bien formados y con competencia en investigación, constituyen, sin duda alguna, unas fortalezas en las que debemos insistir como distintivo de la Universidad de La Salle en el país.

No es pues, una reflexión abstracta, alejada de la realidad de lo que ocurre en el país y en la región como derivados del nuevo rol del conocimiento en la generación de riqueza de los países. Son, por el contrario, acciones bien concretas que marcan la dirección correcta en materia de orientación y planeación de la acción de la Universidad.

Pero, además, debemos recordar que los fundamentos desde los cuales identificamos estas tareas se afincan en la identidad institucional; como Universidad, Católica y Lasallista.

Tenemos, además, una autoridad moral de larga data. Recordemos, si no, el largo camino que hemos recorrido desde finales del siglo XIX cuando los gobiernos de entonces confiaron a los Hermanos de las Escuelas Cristianas la formación técnica de tantos jóvenes en momentos en que el país apenas se abría hacia el desarrollo productivo moderno. También se confió a la Comunidad la formación de los maestros y en menor proporción la enseñanza comercial. Sin exageraciones podemos recordar el aporte de tantos Hermanos de La Salle a la configuración en el país del bachillerato

moderno, con todo lo que ello significaba en términos del estudio y asimilación de las ideas de progreso, del método cartesiano y del estudio de las ciencias naturales. Para un país que transitaba con dificultad de la tradición y de los valores propios de la sociedad tradicional a la racionalidad moderna, más laica y desacralizada poder acceder, como lo hicieron tantos colombianos, a los libros de G.M. Bruño, que muchos de ustedes pueden recordar, significó una inmensa contribución a la *preformación del espíritu científico* de muchos jóvenes y a la conformación de la personalidad colombiana.

Mas no sólo la dimensión científica y tecnológica constituyó un interés central de los primeros miembros de la Comunidad que llegaron al país. En efecto, ¿olvidamos acaso, el aporte de nuestra comunidad en la construcción de una imagen de país, a través de la enseñanza de las ciencias sociales y mediante los célebres textos del Hermano Justo Ramón, con los cuales se formaron muchos de los estudiantes que posteriormente tuvieron bajo su responsabilidad los destinos del país? Crear imaginarios sociales e idear esquemas de sociedad viable constituyó uno de los mayores aportes de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Se trata de un aporte que no ha sido estudiado suficientemente.

El desarrollo incluye un crecimiento cultural, del cual forma parte la educación; y uno y otro exigen un principio de libertad que todo Estado debe asumir como un pilar fundamental de su legitimidad. Tal principio se expresa en el derecho de cada quien de elegir un esquema de vida propio de los seres humanos. En esta dirección el desarrollo integral conlleva una dimensión ética insoslayable.

3. Nuevos escenarios en el orden social

Hemos avanzado bastante cuando podemos trascender una visión economicista del desarrollo de los países para entenderlo desde la perspectiva más integral que relaciona desarrollo y libertad.³ (Sen, 2000). Es decir, que entiende el desarrollo no sólo como la posibilidad de acceso a los bienes y servicios, sino también como la oportunidad de elegir un modo de vida colectivo que sea pleno, satisfactorio, valioso y valorado, en el que florezca la existencia humana en todas sus formas y en su integridad. Esto hace que la educación sea una variable clave del desarrollo. El desarrollo incluye un crecimiento cultural, del cual forma parte la educación; y uno y otro exigen un principio de

3 Esta perspectiva permite entender mejor que el aporte de la Universidad al desarrollo no se restringe a la capacitación de una fuerza de trabajo que incentive el crecimiento económico de los pueblos, sino que se prolonga en la formación de ciudadanos autónomos y responsables respecto del futuro de los países. En esta dirección avanza el pensamiento, inclusive, de los organismos internacionales de crédito.

libertad que todo Estado debe asumir como un pilar fundamental de su legitimidad. Tal principio se expresa en el derecho de cada quien de elegir un esquema de vida propio de los seres humanos. En esta dirección el desarrollo integral conlleva una dimensión ética insoslayable. Por ello, cuando hablamos de mutaciones actuales en el orden social, no queremos hablar como técnicos, sino que como educadores queremos poner de relieve la conciencia creciente de cada ciudadano de los derechos que le corresponden como persona en el desarrollo; la urgencia de contribuir a crear una sociedad más justa, abierta y flexible; las nuevas demandas que la sociedad civil le hace a las universidades y la urgencia de contribuir a "crear sentido de la época" para que la juventud no siga creciendo sin esperanza.

También ponemos la mirada en la globalización y su ambigüedad; en las polarizaciones que engendra y en el crecimiento de la brecha entre los países más ricos y aquéllos que no pueden satisfacer sus necesidades básicas; en la necesidad creciente de defender las identidades nacionales frente a la homogeneización de formas de vida que conlleva la conversión del mundo en una "aldea planetaria". Las raíces de la pobreza, de la violencia y de la impunidad seguirán exigiendo que las universidades tomen partido por el estudio de sus causas profundas y por la proposición de alternativas viables para cada país. (Garay, 2002)

Uno de los tópicos más significativos para nosotros en el inmediato futuro tiene que ver con el impacto del ALCA en las dinámicas de transformación de la Educación Superior. Los expertos señalan a este respecto cómo es posible que con la firma de este Acuerdo a) haya una apertura comercial para ofertas en materia de programas con modalidad presencial y a distancia que puede hacer variar la oferta educativa de este nivel en los respectivos países b) que ocurra una implantación de sedes de universidades extranjeras, como ya viene ocurriendo, lo cual se encontraría facilitado por la carencia de regulaciones al respecto y el estímulo existente para tal acción en varios países de la región c) la importación de insumos para el trabajo universitario planteará de modo más agudo el tema de la propiedad intelectual y el tener que importarlo podrá significar el incremento de los costos del servicio educativo que se presta d) alineamiento de muchas instituciones a los intereses de otras instituciones del exterior en el marco de programas que posibilitan el acceso de tales instituciones a recursos naturales u otros (biodiversidad, material genético).

En esta dirección los puntos más importantes en discusión deberían ser centro de atención y reflexión por parte de nuestras universidades, a saber: a) el suministro transfronterizo de servicios (venta de cursos) b) consumo de un servicio en el

exterior (obtención de títulos en el exterior) c) venta de franquicias y d) prestación de servicios profesionales.

En relación a la venta de servicios y la obtención de títulos en el exterior preocupa de manera específica el aumento de programas en la modalidad de "a distancia" y de las compañías *e-learning*; así como también el establecimiento de los programas de postgrado de universidades del exterior sin regulación alguna, inclusive bajo la modalidad de títulos para cuya obtención la universidad nacional sólo aporta la sede física y, a su vez, el incremento del consumo de programas en el exterior por parte de estudiantes de la región. A modo de ejemplo, de esta última situación obsérvese que en la actualidad Inglaterra recibe más de 200.000 estudiantes y la OCDE recibe millón y medio de estudiantes al año. Todo esto significa que se vuelve muy importante que la apertura comercial se haga con control académico riguroso. No obstante, es tiempo de actuar porque en una medida comparativa el flujo migratorio estudiantil es todavía escaso en la región; a modo de ejemplo, en Brasil, México y Argentina no más del 1% de la matrícula universitaria emigra al exterior para cursar estudios de tercer nivel; en Chile el 1.1%.

En general, los acuerdos posibles en el marco del ALCA pueden significar unas modificaciones sustantivas en el interior de los sistemas de educación cuyos efectos aún son insospechados. Su signo puede ser ambiguo; de una parte, favorece la movilidad académica y la adquisición de competencias internacionales y de otra, compromete los valores y la conservación de las tradiciones que son y han sido parte de la tarea universitaria.

La responsabilidad es grande y no es fácil ser neutrales y propositivos, a pesar de grandes esfuerzos hechos por diversos agentes, en "una sociedad excluyente y fragmentada que no ha logrado cohesionar el conjunto de los ciudadanos en torno a un proyecto colectivo; de un modelo de desarrollo que no ha incorporado productivamente a gran parte de la población en la vida social y económica de la nación; de la crisis de lo político como instrumento colectivo de construcción del orden social, a partir de su función de representación y expresión de los intereses, problemas y tensiones de la sociedad; y de un Estado ineficaz para el cumplimiento de sus responsabilidades básicas y en ocasiones suplantado por intereses privados poderosos". (Garay, 2002: 27 y ss.)

No siempre la Universidad obra con conciencia de su entorno. Con frecuencia realiza sus funciones con gran desconocimiento de que las profesiones, al igual

que los mercados laborales, se han modificado. En la actualidad, las profesiones no otorgan seguridad hacia el futuro ni un estatus definido; el mundo de los mercados laborales también impone condiciones y reglas de juego respecto al tipo de formación que deben otorgar las universidades. Con frecuencia, sólo piden capacitación para nichos bien definidos, lo cual incide en la conformación de las carreras existentes.

Estas nuevas situaciones exigen que las instituciones educativas eduquen ciudadanos e impregnen en ellos el carácter y la personalidad de quienes pasan por éstas, posibilitar un hábito reflexivo que les permita a los futuros líderes sociales aprender continuamente, educarse a lo largo de la vida y auto-afirmarse sin necesidad de tutores.

Así las cosas, las universidades se encuentran frente a la necesidad de un cambio de dirección que incremente su pertinencia, asegure la calidad de sus servicios y hagan visible su compromiso con la dinámica de una sociedad en continua mutación. Todo lo anterior exige tareas bien precisas. Por ejemplo, que los problemas del país encuentren eco en las instancias universitarias, en su investigación, en el contenido de sus planes de estudio, en sus debates sobre los problemas reales del país y, en general, en la conciencia de quienes forman parte de la comunidad académica; que la universidad se deje interrogar en forma crítica por la dinámica de los mercados, no en el sentido de ser funcional a los mismos, sino de entender las nuevas demandas en materia de nuevas carreras y programas académicos para atender nuevos frentes aún no cubiertos, como por ejemplo: biodiversidad, petróleos, manejo de bosques, neurociencias, entre otros. Quizá sea una manera de generar nuevos profesionales que no incrementen el desempleo estructural del país. Quizá, estas tareas obliguen a preguntarse con visión de futuro por los objetivos estratégicos de la institución en materia de programas que deben suprimirse o crearse y en materia de la investigación pertinente para cumplir con el compromiso de la Universidad con los estratos sociales que más necesitan de educación superior.

Algunos de tales objetivos estratégicos podrían percibirse como lejanos; pero no es así, se puede actuar con celeridad en el propósito de continuar en la tarea de crear las condiciones para que a futuro sea posible implementarlos. Tal es el caso de los doctorados. Debemos trabajar con ahínco para consolidar pregrados, producir investigación, disponer de una masa crítica de investigadores y luego sí apostarle a la educación avanzada.

Desde la perspectiva de la Comunidad de La Salle y fieles a nuestra vocación como educadores, debemos reconocer acciones que están en curso y que comprometen el interés de la sociedad global. Sobre ellas trabajan diversos grupos, organizaciones y personas, tales como: la búsqueda de la preeminencia de lo público y de los intereses colectivos sobre los particulares; avanzar hacia el desmonte de la exclusión social; la renovación de la política como institución social; la legitimación del Estado con representatividad suficiente; la primacía de la justicia como sistema social y el compromiso indeclinable con la educación con calidad. Se trata de luchas que deben unirnos con la conciencia de que lo que está en juego es el futuro de los colombianos y la gobernabilidad del país.

Entre todas estas tareas, la educación constituye nuestro compromiso irrenunciable. Todos los sectores de la sociedad y del gobierno reconocen su valor intrínseco en la medida en que contribuye a que las personas reciban una capacitación en oficios, ocupaciones y profesiones; o una recia formación intelectual que las hace aptas para la producción de nuevo conocimiento. Mas no sólo eso, sino que la educación aporta a la formación moral de las personas y contribuye a

Como comunidad de La Salle tenemos especial interés en renovar constantemente nuestras instituciones educativas en todos los niveles; en hacer los esfuerzos que sean necesarios para contribuir con todas nuestras fortalezas al mejoramiento del servicio educativo de todos los niveles, conscientes de que se trata de un servicio público que compromete el interés general y que no debe ser manejado con racionalidad privada, so pena de contribuir al deterioro ético y moral del país.

forjar su carácter y su personalidad. Esto, sin mencionar la contribución de las instituciones educativas a la cultura, al desarrollo y en particular a una "cultura de paz". Cada vez es más claro que no puede existir Estado Social de Derecho sin un sistema educativo fuerte, con calidad, pertinencia y equidad y apto para constituirse en factor central del cambio social.

Como comunidad de La Salle tenemos especial interés en renovar constantemente nuestras instituciones educativas en todos los niveles; en hacer los esfuerzos que sean necesarios para contribuir con todas nuestras fortalezas al mejoramiento del servicio educativo de todos los niveles, conscientes de que se trata de un servicio público que compromete el interés general y que no debe ser manejado con racionalidad privada, so pena de contribuir al deterioro ético y moral del país.

Bien sabemos que la calidad es un concepto difícil de medir, pero susceptible de apreciar. Abarca, de una parte, la dimensión académica de las instituciones y, a su vez, las formas de organización que se adoptan para capacitar y formar a los estudiantes. Uno y otro punto corresponden a la dimensión endógena de la universidad. Hoy, es necesario hablar de la calidad de la organización académica en relación con las formas que adopta su vinculación con la dinámica del cambio en la sociedad. Por ello, emerge como dimensión central de la calidad, la pertinencia, la equidad y el grado de internacionalización alcanzado. Es muy posible que rápidamente lleguemos a la conclusión, al mirar el conglomerado de instituciones de educación superior, que nos falta mucho por hacer en estas nuevas facetas de la calidad. De lograr avances significativos en estas materias lograríamos trascender con creces el concepto tradicional de "extensión" para referirlo de modo creativo a todas las formas posibles de vinculación del quehacer universitario con las urgencias del cambio, especialmente, el conocimiento y proposición de alternativas en el campo social y político de la pobreza extrema. ¿No recuperaríamos, de esta manera, la dimensión universitaria del compromiso ético-político? (Gómez, 2000; Henao, 2002)

No partimos, por lo tanto, de cero. De una parte, disponemos de un Marco Doctrinal enriquecido de modo constante por la doctrina pontificia, a partir de la cual podemos identificar y fundamentar las actitudes básicas que deben animar las acciones de nuestra Comunidad en el terreno de la educación: la fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia; la rica experiencia cultural de la Iglesia y el apoyo a su misión evangelizadora, desde la cual se nos presenta un imperativo de la mayor importancia consistente en la "evangelización de la inteligencia". Pero también, la vocación de verdad y el interés por constituirse en auténtica comunión fraternal. Por todo ello, no es arbitrario buscar en la inspiración misma de nuestra misión educadora la verdad sin restricciones, el espíritu de libertad y de caridad, el respeto recíproco, el diálogo sincero, la tutela mutua de los derechos de cada quien, la ayuda mutua en todo lo que contribuye a la realización humana y la promoción de la unidad según las responsabilidades y capacidades propias. Son las mismas actitudes que pone de relieve el Modelo Formativo de nuestra Universidad de La Salle. Sobre estos cimientos podemos avizorar los nuevos tiempos e identificar las estrategias más adecuadas para seguir construyendo país desde nuestra obras educativas.

Hoy debemos afincar nuestra acción sobre la credibilidad que goza la Comunidad en el país; el poder de convocatoria que se le reconoce; la infraestructura física que posee; el talento humano que dispone la comunidad y quienes trabajan en sus

obras y la posibilidad de acceder a recursos frescos en el terreno internacional. De otra parte, cada institución y cada obra que se adelanta desde el carisma de la comunidad ha alcanzado logros importantes sobre los cuales debemos seguir adelante con entusiasmo. Disponemos de talento humano que apoya y soporta la acción de la comunidad; profesores, estudiantes, administrativos y personal de apoyo inspirados en un mismo espíritu de comunión, entendido como "participación solidaria" y responsable en los logros por alcanzar; ello permitirá construir juntos y llevar a la práctica los valores que inspiran la acción educativa de la comunidad en todos los niveles del sistema educativo.

Vivimos una realidad compleja que desafía nuestra imaginación para adentrarnos en caminos nuevos o menos trasegados en los últimos años, tales como el desarrollo de las nuevas tecnologías en la educación de todos los niveles, desde el básico al superior; aceptar el reto de introducir en nuestros formatos de formación la flexibilidad como criterio curricular; la formación de jóvenes en el nivel técnico y tecnológico como un medio de vincular educación y trabajo; más allá de currículos formales incomunicados. No debemos perder de vista que muchas de las dificultades de las universidades para formar en la ciencia tienen que ver con la deficiente formación en ciencia desde los años previos al universitario.

Una comprensión coherente y armónica de estas tareas, a la luz del horizonte doctrinal y del carácter de la educación que ofrecemos al país, significará la integración sistémica de fe y razón, de modo tal que sus complementariedades se hagan visibles en el actuar y que evangelizar la inteligencia sea una actividad connatural que pone un valor agregado a nuestra acción educativa y, a la vez, tener una comprensión en totalidad de las acciones y proyectos, produciendo sinergias entre ellos. Esta visión sistémica de doble signo enriquecerá el trabajo y ahorrará esfuerzos en la búsqueda de la eficiencia de nuestra labor. Entenderla así nos conducirá a realizar un ingente esfuerzo de planeación institucional, movidos por el inmenso interés de acertar en tiempo oportuno y de ser fieles a la misión que se nos ha confiado.

Ninguna de estas acciones sería posible, ni pensaríamos que podemos avanzar con paso firme, si no estuviéramos convencidos del talento de los Hermanos de La Salle que se encuentran en cada casa y en cada obra; es con base en su tarea realizada y su vocación de servicio como podremos avanzar hacia un futuro menos incierto para el país.

4. La formación integral

Seguimos preocupados por la formación integral que otorgan las instituciones de educación superior y principalmente nuestra Universidad de La Salle en la medida en que persistan situaciones internas y externas a la institución universitaria que interrogan la eficacia de esta tarea. La crisis de valores en la sociedad y el desinterés de los estudiantes por los mecanismos utilizados por la Universidad para lograr improntar en su carácter y personalidad un estilo conforme al ideal de una vida autónoma y responsable, nos hace pensar en la necesidad de replantear esta discusión de la formación integral más allá de toda retórica. No se trata de poner en tela de juicio la labor de los departamentos de humanidades, o más aún, si la ética es enseñable o no. Se trata de analizar si tales mecanismos, pero sobre todo si todo el personal de la Universidad es consciente de la parte de responsabilidad que le cabe en la tarea formativa de la misma, consistente en que la persona desarrolle un pensamiento lógico, adquiera la competencia para obrar de manera asertiva en las relaciones sociales, adquiera la capacidad de emitir un juicio ético sobre la sociedad en que vive y pueda descubrir en sí mismo el sentido de la trascendencia. Como puede observarse, se trata de competencias que inciden en la conquista de su autonomía responsable, de su desarrollo moral y artístico y en la percepción del valor de la religión en el ámbito de una existencia integral y conforme a su naturaleza humana.

La educación integral es un enfoque de formación que compromete a toda la Institución, al profesor, al estudiante y al directivo de la Universidad. En la interacción diaria se define el clima formativo, el *ethos* universitario. Tal interacción define prácticas administrativas, docentes, investigativas, de relación humana, en el interior de las cuales todos dan testimonio de su visión del "mundo de la vida", de la sociedad en que vive, de las producciones del espíritu humano en general y, con todo ello, "contamina" a los demás miembros de la comunidad universitaria. Una formación integral es, entonces "aquella que contribuye a enriquecer el proceso de socialización del estudiante, que afina su sensibilidad mediante el desarrollo de sus facultades artísticas, contribuye a su desarrollo moral y abre su espíritu al pensamiento crítico". En este proceso, el estudiante se expone a la argumentación y contra-argumentación fundadas, a la experiencia estética en sus múltiples dimensiones y al desarrollo de sus aptitudes y actitudes morales, a través de experiencias que van estimulando y afinando su entendimiento y sensibilidad, tanto como su capacidad reflexiva y que en ello va "formando", en últimas su persona. (Orozco, 2000: 27 y ss)

En este esfuerzo surge para el presente una dimensión de particular trascendencia relacionada con la dimensión ética de esta formación. Cada vez es

Cada vez es más importante para los países la generación de nuevos liderazgos en la sociedad y la conformación del talante moral de los egresados que los capacite para convivir, comprender, participar y hacer viable una sociedad inspirada en los principios cristianos, de modo tal que cada quien esté capacitado para contribuir desde esta óptica al incremento de la solidaridad y de la justicia como principios básicos del orden social.

más importante para los países la generación de nuevos liderazgos en la sociedad y la conformación del talante moral de los egresados que los capacite para convivir, comprender, participar y hacer viable una sociedad inspirada en los principios cristianos, de modo tal que cada quien esté capacitado para contribuir desde esta óptica al incremento de la solidaridad y de la justicia como principios básicos del orden social. A este propósito, debemos recordar lo que señala Juan Pablo II en la Constitución sobre las Universidades Católicas (ECE. No. 21) cuando afirma: "La Universidad católica persigue sus propios objetivos mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana animada por el espíritu de Cristo. La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana y, en último análisis, de la persona y del mensaje de Cristo que da a la Institución su carácter

distintivo". Nuestros esquemas de formación no se agotan en la inmanencia del orden natural y humano, sino que trascienden estas dimensiones hacia una totalidad inusitada que llena de sentido estas realidades.

Se trata, en consecuencia, de un compromiso de la institución universitaria con el proceso de desarrollo de la persona desde dentro, posibilitando que ésta llegue a ser lo que potencialmente es. Porque en el hombre no coincide su ser con su deber ser, necesita de la formación como mediación y estrategia pedagógica. Así lo ha definido y desarrollado el Proyecto pedagógico de la Universidad de La Salle y en ello será necesario que sigamos empeñados allí radica una de las fortalezas reconocidas por toda la comunidad académica y por la sociedad en general.

5. Los problemas en perspectiva

Una aproximación global a los diferentes desafíos que tienen las universidades en el futuro inmediato nos exige mirar de manera global las diferentes tendencias de los sistemas educativos y percibir el campo en que se mueven las instituciones para priorizar tareas y líneas de acción. En este sentido podemos señalar algunas con base en los estudios más recientes. Así por ejemplo:

- a) Crecimiento de la demanda ante la urgencia de la universalización de la educación superior. Esta dinámica exige diversificar la oferta educativa y expandir las opciones de titulación para las personas, diferenciando opciones en estrecha relación con los mercados laborales.
- b) Replanteamiento de los esquemas de financiamiento. Los gobiernos comienzan a tener criterios más ciertos para la asignación de los recursos, vinculando tal asignación a resultados de evaluación de la gestión de las instituciones.
- c) Desarrollo de sistemas de evaluación y acreditación de programas académicos y de instituciones, tanto a nivel nacional como internacional.
- d) Reforma de contenidos con el fin de alinear los planes de estudio al desarrollo del conocimiento en cada campo de estudio.
- e) Reforma de los esquemas de organización y gestión con el fin de modernizar las instituciones y aumentar su eficiencia y eficacia.

Se trataría en todas estas tendencias, de trascender "las crisis de las profesiones tradicionales liberales, los referentes a la formación unidimensional al mercado de trabajo, la visión chata del perfil del egresado, la disciplinarietà cerrada que fractura las posibilidades del desarrollo en la producción de conocimientos nuevos, los limitados avances en materia de articulación del conocimiento, la creación de nuevas áreas o formas de organización universitaria para atender la realidad compleja, para impulsar la transdisciplinarietà o construir nuevos perfiles de egresados con referentes ocupacionales emergentes, la producción y transferencia de conocimientos con la sociedad y la economía". (Luengo, 2003: 23 y ss.)

6. A modo de conclusión

Todos los elementos anteriores constituyen dimensiones de un mismo desafío para la Universidad frente al nuevo milenio: redireccionar nuestras instituciones de educación superior frente a los nuevos escenarios en que se desarrollan las tareas propias de la Universidad.

Los países exigen que el servicio educativo que prestamos sea de mayor calidad, más pertinente, más eficiente, pero por sobre todo que contribuya a ser un factor de equidad social. Recordemos lo que ha señalado al respecto la "Declaración Mundial sobre la Educación Superior para el Siglo XXI", declaración que expresó como fruto de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, la voluntad política de adelantar una revisión profunda de las misiones y funciones de la universidad en la perspectiva de este nuevo milenio. Entre las tareas prioritarias que señalaba la Conferencia Mundial podemos encontrar algunas de gran pertinencia para nosotros, a saber: (Tünnermann, 2000)

- a) Urgencia de que las universidades se constituyan en espacios abiertos para la formación superior, de modo tal que propicie el aprendizaje permanente, brindando una óptima gama de opciones y la posibilidad de entrar y salir fácilmente del sistema.
- b) Promoción, generación y difusión de conocimientos por medio de la investigación.
- c) Contribuir a comprender, interpretar, preservar, reformar, fomentar y difundir las culturas nacionales y regionales, internacionales e históricas, en un contexto de pluralismo y diversidad cultural.
- d) Contribuir a proteger y consolidar los valores de la sociedad.
- e) Contribuir al desarrollo y la mejora de la educación en todos sus niveles.

Pero a estas prioridades debemos agregar, desde nuestra perspectiva, la definición de una estrategia de formación integral en la Universidad que permita que la dimensión ética de esta formación posibilite generar nuevos liderazgos y asumir un compromiso abierto con los valores que hacen viable la vida social, sobrepasando todo individualismo rampante y de toda ética del éxito individual por encima de las exigencias de lo público y del bien común en general. La Constitución

Pontificia sobre las Universidades Católicas nos exhorta, aún en las tareas de la investigación, para que ésta abarque "el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, la dignidad de la vida humana y la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana". Se trata de temas y realidades que deben estar presentes en las estrategias de formación de nuestros estudiantes. (Juan Pablo II, 1990; ECE 32)

Debemos agregar, desde nuestra perspectiva, la definición de una estrategia de formación integral en la Universidad que permita que la dimensión ética de esta formación posibilite generar nuevos liderazgos y asumir un compromiso abierto con los valores que hacen viable la vida social, sobrepasando todo individualismo rampante y de toda ética del éxito individual por encima de las exigencias de lo público y del bien común en general.

Al enfatizar en el imperativo ético de formar integralmente a los estudiantes vale la pena recordar el siguiente texto de la Declaración del Hermano en el Mundo de Hoy (1998; 45,4) en el cual se indica que "La escuela ha de esforzarse por educar la atención, formar el juicio, afirmar el espíritu crítico, particularmente necesario en nuestro mundo donde se requiere discernimiento agudo para utilizar el volumen de ingente información que se recibe, y para defender la libertad interior, a pesar de todas las propagandas. Su misión es más indispensable que nunca para acostumar al hombre a la reflexión, al reconocimiento, la meditación y el estudio. Para facilitar a la persona el acceso a su interioridad y a la intuición, el respeto al misterio de los seres, el instinto de lo sagrado, la adhesión a los valores, el reconocimiento de los límites y del pecado en el hombre, el presentimiento de la trascendencia del mundo invisible".

Muchos de los planteamientos que hemos recogido en este texto han sido objeto de reflexión y trabajo por diferentes estamentos de la Institución; de modo particular en reunión recientemente adelantada con el cuerpo de Decanos. Éstos han identificado con claridad factores y variables estratégicas para el futuro de la Universidad de la Salle cuyas implicaciones serán objeto de análisis por parte de su Consejo Superior. (Bolívar, 2003)

Pero más allá de cualquier ordenamiento nuevo de las tareas que debe cumplir la Universidad para permanecer fiel a sí misma y pertinente con relación a su entorno, ninguna tan fundamental como insistir, una vez más, en su responsabilidad ética y política formando ciudadanos autónomos y responsables que puedan asumir los nuevos liderazgos que la sociedad requiere y asumiendo a cabalidad una "opción por los pobres", animados por el pensamiento de Juan Pablo II, cuando señala "El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes" (Juan Pablo II, Ib, No. 34) Es la tarea por "conjuguar el esfuerzo por el progreso cultural con el anuncio de la Palabra de Dios". (HH.CC., 2002) En este empeño deberíamos comprometer nuestros mejores talentos. Es una dura tarea que hará posible trascender las angustias del presente para proyectarnos con una nueva visión hacia el futuro deseado. *

Bibliografía

- Bolivar, Arcadio, F.S.C., *Elementos para pensar el futuro de la Universidad de la Salle*, (documento de trabajo), Bogotá D.C., 2003.
- Burton, Clark, *La Educación Superior*, México. 1983.
- Brunner, J.J., *Educación Superior en América Latina: una agenda de problemas. Políticas y debates en el umbral del Siglo XXI*, CEPAL, 1995.
- El-Khawas, Elaine, *El control de la calidad en la educación superior y dificultades por superar*, París, The World Bank, 1998.
- Fajnzilber, Fernando, "Transformación productiva exigida por el cambio tecnológico", en: *Industrialización y desarrollo tecnológico*, Informe N. 11, Chile, CEPAL/UNIDI, 1991.
- Garay, Luis Jorge, *Repensar a Colombia. Hacia un nuevo contrato social*, Bogotá D.C., PNUD, 2002.
- Gibbons M, et. al, *Las nuevas formas de producción del conocimiento*, Barcelona, Ed. Pomares-Corredor, 1997.
- Gómez Buendía, Hernando, *Educación: agenda para el año 2000*, Bogotá D.C., PNUD, 1998.
- HH.CC., *Declaración del Hermano en el Mundo de Hoy*. No,45,2 Bogotá, 1968
- Juan Pablo II. *Constitución apostólica Ex Corde Ecclesiae. Sobre las Universidades Católicas*, ECE 32, 1990.
- Luengo González, Enrique, *Tendencias de la educación superior en México: una lectura desde la perspectiva de la complejidad*, México. 2003.
- Myriam Henao et. al, *Educación Superior. sociedad e investigación*. Bogotá D.C., COLCIENCIAS, 2002.
- Orozco Silva, Luis Enrique, *La formación integral: mito y realidad*, Bogotá D.C., Universidad de los Andes, 2000.
- _____, *Teoría analítica y dialéctica de la ciencia*, Bogotá D.C., Universidad de los Andes, 2003.
- Sen, Amartya, *Desarrollo y libertad*, Planeta, 2000.
- Segrera López, Francisco, *Globalización y educación superior en América Latina y el Caribe*, Caracas, IESALC/UNESCO, 2001.
- Tünnermann, Carlos, *La educación en el horizonte del Siglo XXI*, Caracas, UNESCO, 2000.